

> **Villa Manuelita**

La memoria y la esperanza



Cuadernos de:

Casa del Folclore

“Nunca le dio la espalda al entrevero
ni al trabajo fecundo. Su delito fue
enfrentar al tirano como un rito
cada minuto; siempre. Sin un pero”.

Roberto Surra

Ediciones Fabro

contacto@edicionesfabro.com.ar

www.edicionesfabro.com.ar

Está, la frase del escándalo, en un libro de Osvaldo Soriano: *No habrá más pena ni olvido*. El contexto, claro, contribuyó con el ruido. Cuando en octubre de 1982 se publicó el volumen, transcurrían en nuestro país los tiempos del módico destape político que tras la derrota argentina en la guerra de las Malvinas presagiaban porvenires democráticos y la reaparición de temas y debates relegados. Fue entonces cuando uno de los personajes de la novela, más titubeante que decidido, de todas formas se animó: "pero si yo siempre fui peronista..., nunca me metí en política".

José Pablo Feinmann, el agudo intelectual que en los fines de los años sesenta formó parte del joven sector de la clase media que decidió acercarse al peronismo, continuando con la labor que en su momento había desarrollado en la revista *Envido*, en el febrero de 1983 y desde las páginas de *Superhumor* mostró su entusiasmo. Escribió allí, con respecto a la frase del personaje de Soriano, que "constituye una de las definiciones más perfectas sobre el peronismo que haya escuchado o leído alguna vez", agregando líneas después que "por este pasaje, ya merece la novela de Soriano el destacado lugar que sin duda tendrá en nuestra literatura".

Una década después, ligeramente modificada, la cita reaparecerá en las pantallas de los cines cuando el campeón sin corona la pronuncie en la película de Leonardo

Favio en la que el creador mendocino recrea a partir de la historia de José María Gatica una metafísica de lo nacional y popular.

Lo de Soriano, sin embargo, no era un invento sino un hallazgo. El novelista, con la sensibilidad propia del artista que era, se había limitado a recoger un dicho que era lugar común en los hogares peronistas ubicándolo en el lugar y el momento exactos para que potenciara su contundencia.

Doy testimonio de esta afirmación. "Los peronistas no nos metemos en política" era un argumento que en la niñez más de una vez escuché de boca de mi madre, aquella joven empleada de una importante tienda céntrica que tras ser liberada de sus obligaciones por los acontecimientos que estaban sucediendo, al dejar el lugar de trabajo encaminó sus pasos hacia la Plaza de Mayo en aquel lejano 17 de octubre de 1945.

La frase en cuestión, aunque paradójica, mostraba más profundidad que ironía. Para el amplio sector que había irrumpido en la vida pública contemporáneamente con el coronel Juan Domingo Perón, la política era una cosa reservada para los enjuagues de los partidos del pasado que se repartían cargos y ministerios mientras las marginación era el destino del ciudadano común. El peronismo, en cambio, era una manera especial de vivir lo cotidiano, un estilo de vida en que la defensa de las cosas de la patria y las de la justicia social no admitían

separación, una movilización constante que no necesitaba del martirio sino que, por el contrario, se desplazaba feliz "de casa al trabajo y del trabajo a casa".

Así entendido, Villa Manuelita nunca se metió en política. Siempre fue peronista.

> **El incendio y las visperas**

No está mal recurrir al título de la novela escrita por la hija de Angel Guido, el arquitecto que construyó el Monumento Nacional a la Bandera, si lo que pretendemos es referir lo ocurrido en Rosario en septiembre de 1955 y en los años que le precedieron. Aunque con una entonación opuesta a la de doña Beatriz, la frase sigue siendo exacta porque lo previo explica en buena medida lo que después sucedió.

Miguel Ángel De Marco, el prestigioso historiador nacido en esta ciudad en 1939, publicó entre otros de mayor extensión un delicioso volumen llamado *Rosario, desde sus orígenes hasta nuestros días*. El texto, aunque excesivamente respetuoso con los mandatos de la escuela historiográfica que inaugurara Bartolomé Mitre, sorprende gratamente pues al mirar al país desde Rosario logra superar posturas ideológicas pudiendo señalar entonces el papel deformante que en nuestra historia cumplió Buenos Aires. Esa misma visión -y su honestidad intelectual, claro- es la que

permite destacar los logros del peronismo pese a la explícita nostalgia que siente por la etapa de "la pampa gringa" y el puerto atestado de productos cerealeros.

Señala De Marco por de pronto, en tono de balance, que "muchos rosarinos, en especial provenientes de los sectores de menores recursos y pertenecientes a diferentes gremios, siguieron adhiriendo con inquebrantable lealtad y entusiasmo a las ideas del peronismo, diferenciando el bagaje intelectual y sentimental de la corriente que encabezaba el general, de la inopia de los ejecutores locales de su política".

En lo que se refiere a realizaciones concretas -y después de remarcar que en el ámbito portuario "la paralización afectaba sobre todo a la importación", lo que sin embargo podría interpretarse desde la producción local como un logro- De Marco señala que "como contrapartida, crecía en la ciudad y su zona de influencia el sector manufacturero, a punto de otorgarle una fisonomía de urbe industrial". Remarca además, abonando su tesis, que "en 1952 las fábricas de importancia representaban el 62 por ciento de las industrias existentes en la provincia de Santa Fe. Cuatro años antes se había realizado una muestra en la que se expusieron productos rosarinos: embarcaciones, implementos y herramientas agrícolas". Por otra parte, "la industria del metal logró un gran despliegue. La muestra de automotores nacionales realizada en 1952 destacó que un 25 por ciento

del material y de las piezas que llevaban dichos vehículos fabricados en Córdoba procedían de Rosario y un año después se calcula que la ciudad contribuía mediante la industria privada con aproximadamente el 50 por ciento de los productos elaborados que requería la empresa oficial Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado para la fabricación de tractores Pampa y camionetas rastrojeras”.

Los logros, desde luego, se extendieron también al ámbito de la vivienda y De Marco lo consignó: “creáronse nuevos barrios, tendencia que continuó a partir de 1946 mediante planes de viviendas para trabajadores, con generosos créditos a cargo del Estado. Los loteos económicos y el sostenido movimiento de la edificación hicieron que se volcaran hacia ellos muchos pequeños propietarios e inquilinos que así se libraban del hacinamiento de los conventillos”.

Los avances en el plano educativo y cultural completan el abigarrado resumen y confirman la tendencia: “la enseñanza secundaria adquirió gran desarrollo entre 1946 y 1955; creáronse numerosas escuelas, en especial las dedicadas a enseñar artes y oficios y las industriales, todo ello en virtud del auge de la actividad manufacturera señalado más arriba. Surgió también en 1953 la Universidad Tecnológica Nacional Regional Rosario”. Concluye De Marco informando que “con relación a la cultura, se asistió a un proceso de popularización reflejado en la creación de bi-

bliotecas en distintos barrios, en la difusión de las bellas artes para amplios sectores de la población, y el estímulo de concursos de pintura mural”.

En *Rosario, historia y desarrollo*, un libro menos orgánico que el de Miguel Ángel De Marco aunque nutrido de importante información, Alberto Campazas alcanza sin embargo una síntesis que explica lo reseñado: “la etapa de la industrialización desencadenó nuevos fenómenos sociales derivados del impacto económico. Los altos salarios ofrecidos por la industria produjeron cambios en la distribución geográfica de la población. Aparecen nutridas zonas industriales en la periferia de las ciudades. El ritmo del éxodo rural se acrecentó y las consecuencias fueron nuevos fenómenos de contactos sociales, que entrañaban verdaderos contactos culturales”.

Una nueva Argentina, como rezaba la consigna extraída del título de un grueso ensayo de Alejandro Bunge, publicado en 1940, que proponía y anticipaba alguno de los cambios que luego se dieron, es la que se encontraba vigente en septiembre de 1955. Esas realidades materiales, pero fundamentalmente la felicidad y el crecimiento espiritual que sobre la base de aquellas podía desplegarse, es lo que salió a defender Villa Manuella, el popular barrio rosarino.

> *Las gestas heroicas*

La *Tribuna*, el diario local que apareciera entre 1928 y 1982, brinda en su edición del 18 de noviembre de 1955 una descripción de la zona tal como era al momento de ocurrir los acontecimientos que le darían fama: "sobre la zona sur, vasta y pintoresca, de nuestra ciudad, echada junto al río generoso" se encuentra este barrio que al decir del cronista está integrado por "un conglomerado de varias manzanas, trazadas dentro de un plano con miras a futuras obras de urbanización, y con edificación tan compacta como la que presentan otros numerosos barrios rosarinos".

Se desprende del relato, además, tanto la humildad de la barriada como la voluntad de progreso de sus moradores: "abundan al entrar las rústicas viviendas de hojalata, barro o madera que hablan angustiosamente de un sistema de vida extremadamente precario. Pero a medida que el paseante se interna en sus callejuelas, aparecen las abundantes viviendas de ladrillo o material, vetustas unas, recientes otras y en construcción las demás, que denotan la santa vocación criolla del hornero, ya que la gran mayoría de sus habitantes son pequeños propietarios, arraigados con verdadera pasión al suelo elegido sin ningún criterio advenedizo".

El subtítulo que a continuación el periodista utiliza en la nota, de evidente segun-

da intención, pone de manifiesto la resistencia a la dictadura militar llamada Revolución Libertadora que el 16 de septiembre había derrocado al gobierno democrático del general Juan Domingo Perón y que el 13 de noviembre, tan sólo cinco días antes del artículo, había dado una nueva vuelta de tuerca hacia la ferocidad con el recambio de Eduardo Lonardi que había prometido el "ni vencedores ni vencidos" por un Pedro Eugenio Aramburu que acentuaría todas las medidas represivas que habrían de culminar, al año siguiente, con los fusilamientos de junio.

"Gesta heroica" rezaba aquella vez el subtítulo remitiendo a los sucesos de tan solo dos meses atrás. Pero, dos palabras -"las flores"- le seguían aclarando el tema e iniciando una explicación impregnada de verdad: "la nota emocionante de este caserío, humilde casi siempre, la constituye un detalle que salta a los ojos y que esconde un sentido heroico digno de resaltar: al frente de la mayoría de esas modestas casas surgen, en matorrales profusos y pujantes, pequeños pero ubérrimos cercados de flores". Pueden leerse, renglones después, las causas de la emoción: "ese adorno natural, tan común para cualquier vecindario, es aquí el resultado de todo un esfuerzo amoroso, ya que ésta abnegada villa ha poseído, hasta los actuales momentos, tres canillas públicas. Esas tres fuentes de agua son las únicas destinadas a abreviar la sed, atender la higiene y cubrir el regadío de toda la barriada. Niños, mujeres y hombres,

acarreado tachos y baldes, recorren infatigablemente la distancia que media entre cada casa y cada canilla, transportando el precioso líquido”.

Las rigurosas condiciones de vida descritas pueden llamar a confusión al observador desprevenido acostumbrado a nutrirse de abstracciones, quien seguramente tendrá problemas para entender la defensa heroica de ese pueblo a un gobierno que aún no le había solucionado en plenitud temas básicos como el del agua. Conviene pues recordar que fue un tozudo indagador de realidades, Arturo Jauretche, quien en un almuerzo de Mirtha Legrand explicó que nadie había dejado un chalet en el campo para venirse a la precariedad de los suburbios y que la canilla con agua potable a unas cuadras quedaba mucho más cerca que ríos o arroyos ubicados a kilómetros de distancia y a veces contaminados por el cólera.

Los avances materiales antes descriptos (trabajo, salud y educación), los progresos relativos como los de la canilla, pero por sobre todo la dignidad con que eran tratados los humildes son los elementos que aunados desembocarán en la otra gesta heroica. Juan M. Vigo fue el primero que la hizo conocer a toda la Argentina. Es un justo homenaje, entonces, que el relato de los hechos sea el que él escribió: “En Villa Manuelita, mísero rancharío donde se albergaba la gente más pobre de Rosario, ocurrieron episodios insólitos. No era mucho, tal vez, lo que le debía al ré-

gimen peronista esa ‘villa miseria’. Pero de ahí salieron también enormes columnas que se dirigieron hacia el centro. Durante días enteros, el barrio fue un hervidero humano, como si los habitantes se hubiesen declarado en asamblea permanente. En el centro del mismo un letero desafiaba al general rebelde: ‘Todos los países reconocen a Lonardi. Villa Manuelita no lo reconoce’. Se mandó un piquete de soldados a retirar el cartel, que entró a la Villa para cumplir la orden. Cuando llegó al pie del cartel, se vio rodeado, prensado, por un mar de personas, siendo, como de costumbre las más animosas las mujeres y también los niños. Las mujeres comenzaron a tomarles los fusiles a los muchachos. En pocos instantes la tropa quedó desarmada, siendo poco a poco arreada hacia las afueras del barrio, con la fuerza de un glaciar humano. Después se les devolvieron los fusiles, en medio de vivas a Perón y a los soldados y suboficiales. El episodio se repitió tres veces, pues otras tantas el gobierno mandó retirar el cartel. Meses más tarde, Villa Manuelita seguía ostentando su cartel, desteñido e hilachento por la acción del tiempo”.

> *El libro de Vigo*

Un reproche anticipado al párrafo inicial transcrito es el que puede leerse en el número uno de *La voz de Villa Manuelita*, órgano aparecido en junio de 1956: “pa-

reciera que todos aquellos que se refieren a Villa Manuelita, debieran experimentar algo así como lástima y temor por la vida en esa zona". Tal visión se transforma en espejismo si rescatamos la intención de Vigo que coincide con la propuesta del artículo editorial: "sus mujeres, sus hombres y sus niños, no quieren merecer lástima, pero sí, justicia".

A hacer justicia tenía, precisamente, *La vida por Perón, crónicas de la resistencia*, editado en julio de 1973 por Arturo Peña Lillo, un chileno que había abierto las puertas de su empresa a los escritores del pensamiento nacional cuando editarlos era todavía un riesgo y no una garantía a ventas seguras como ocurría, ahora sí, con los textos de Ernesto Palacio, Arturo Jauretche, José María Rosa y Jorge Abelardo Ramos que poblaban su catálogo.

Las circunstancias históricas habían cambiado desde aquel oscuro septiembre de 1955 y el 17 de noviembre de 1972 el general Perón había retornado de su exilio en Madrid. Si bien todo un pueblo, de diferentes maneras, había participado en esa gesta, en lo tramos finales de la batalla se habían destacado hombres como José Ignacio Rucci quien no vaciló al definir a la Confederación General del Trabajo como peronista o al estampar la firma de la central obrera en el afiche que empapeló las calles de Buenos Aires, reproducido luego como solicitada en *Las Bases*, con su lacónico y estruendoso mensaje: "Libertad a los presos políticos, gremiales y

conexos". Lugar preferencial en esa lucha habían ocupado, también, los diferentes grupos de la Juventud Peronista como el Comando de Organización, Frente Estudiantil Nacional, Guardia de Hierro, Encuadramiento de la Juventud (los Demetrios) y la agrupados en la Tendencia Revolucionaria Peronista.

En ese clima triunfal, puesto que el peronismo había recuperado el gobierno y esperaba las elecciones de septiembre para elegir al líder de los trabajadores para su tercera presidencia, es que apareció el libro de Vigo.

El autor, periodista de larga trayectoria, había escrito en la prensa militante y en la comercial. En aquella había colaborado, por ejemplo, en el número 3 de *Columnas del nacionalismo marxista*, la publicación dirigida por Eduardo Astesano y en la cual, pese a lo provocativo del nombre, aparecían notas de hombres como Fermín Chávez o Juan Pablo Oliver que no compartían aquella doctrina o la combatían abiertamente como el último de los nombrados. Se acercaban a quince, en tanto, las notas de Vigo en *Todo es historia*, la ya muy prestigiosa revista de Félix Luna.

En el prólogo, fechado en el 25 de mayo de 1973, explicaba que "este libro es una síntesis de los apuntes que escribí en la cárcel de Villa Devoto, cuando tenía patente lo vivido en los ocho meses y medio anteriores a mi detención", siendo "un testimonio de los hechos en que actué y de los que tuve conocimiento directo en el trágico período

que media entre septiembre de 1955 y junio de 1956". Es en esa introducción, además, en donde declara que "por suerte, también, en este largo calvario se hizo presente una juventud que se templó en la lucha", finalizando el autor con un "emocionado homenaje a los héroes y mártires de la Resistencia".

Lugar especial en el relato tienen los sucesos ocurridos en Rosario, ciudad en donde el escritor y militante se había instalado: "allí se habían registrado episodios de legendario heroísmo. Las masas populares habían hecho frente temerariamente a los tanques y ametralladoras, logrando en ciertos momentos imponerse al ejército y dominar la ciudad, a pesar del número de bajas que se registró en desiguales combates callejeros". Así las cosas, "las autoridades no se atrevieron a pedir la intervención de las tropas del 11 de infantería, de cuya fidelidad dudaban, sobre todo cuando habían regresado de Córdoba cantando la marcha de 'Los muchachos peronistas'. Hicieron regresar a un regimiento de Entre Ríos, que se hallaba en Santa Fe, de regreso de Córdoba, esperando ser trasladado a Paraná. La represión la llevaron a cabo ese regimiento y algunos tanques manejados por oficiales seleccionados. El pueblo, desarmado, desorganizado y sin dirigentes, se batió con heroísmo rayano en la locura".

En ese libro de tapas celestes, en las páginas 81 y 82, bajo el subtítulo de *Villa Manuelita "desconoce" a Lonardi y desarma a los soldados*, aparecen los párrafos que an-

tes transcribimos y que quedarían como ejemplo de conducta para militantes que los rescatarían cada vez que fuese necesario.

> Los sonidos de Dos Santos

En agosto de 1965, editado por Sudamericana, aparecería *Gutural y otros sonidos* conmoviendo a la exigente crítica literaria Ana María Barrenechea: "lo importante en el arte de Estela Dos Santos es que consigue una intensidad despiadada e insostenible sin sensacionalismo ni melodrama". Aclarará, luego, que "el dolor físico puro, quizá aparezca únicamente en *La operación*, mientras que en todos los otros predomina el dolor moral, la soledad, la humillación, la esperanza abolida". De todas formas, lo importante a rescatar es que "de esa miseria y humillación (asco físico, asco moral) nace la voluntad de no ceder al dolor, a la costumbre, a la compasión".

No puede extrañar que una escritora que genere estos conceptos se halla ocupado de esa Villa Manuelita que como hemos visto supo enfrentar al dolor resistiéndose a la vez a la compasión y a la lástima. Un acercamiento a lo argentino y popular, por otra parte, venía caracterizando la obra de Dos Santos publicada por el Centro Editor de América Latina, desde *El cine nacional* (enero de 1972), los cuentos de *Las despedidas* (marzo del mismo año), *Las mujeres del tango* (octubre del prolífico período) hasta *Las mujeres pero-*

nistas (agosto de 1983), en que se ocupa incluso de lo ocurrido en Rosario remarcando con certeza que “en los barrios, el primer conato de organización para la resistencia fue la protección de los bustos de Perón y de Eva Perón”.

Es en el ejemplar del 5 de noviembre de 1983 de *La Época*, el diario dirigido por Silvio Papi, en donde se refiere al ejemplo de la barriada del sur rosarino.

Las circunstancias eran muy distintas a las de una década atrás cuando apareció el texto de Vigo. Esta vez hacía escasos días desde que el peronismo sufriera su primera derrota en una elección presidencial y Dos Santos contestó al presidente electo, Raúl Alfonsín, quien “venía recomendándonos a los peronistas que aprendiéramos a perder”. Recuerda entonces la escritora que “los peronistas llevamos un largo aprendizaje en pérdidas”. Y rememora: “primero la perdimos a Eva Perón, luego perdimos el gobierno, enseñuیدا perdimos la Constitución y con ella los derechos del niño, de la familia, del anciano, la igualdad jurídica de los cónyuges y el derecho de la Nación sobre las riquezas del subsuelo. Después, por más de quince años, ganamos y perdimos pero nunca igualamos los platillos de la balanza. Porque tras el triunfo inmenso del segundo rescate del general Perón, nos aguantamos la inmensa pérdida de su desaparición y el desastre del 24 de marzo de 1976 con esas consecuencias que no voy a enumerar ahora porque las tenemos cada

uno marcadas en el cuerpo y en el alma”.

Es entonces que Dos Santos, tras recalcar que “estamos diplomados en la universidad del sufrimiento y la adversidad”, rescata “una anécdota que demuestra el temple que tenemos los populares”. Es la que sigue: “fue allá por el año 1955. Una barriada pobre de Rosario, Villa Manuelita, enarboló un letrero que decía así: ‘Todos los gobiernos reconocen a Lonardi. Villa Manuelita no’. Los ‘libertadores’ mandaron un piquete de soldados para retirar el cartel. Los populares, especialmente las mujeres y los pibes, rodearon el cartel y lo impidieron. Tres veces fue reiterada la orden y otras tantas incumplida. Villa Manuelita no se rindió y a su cartel solo lo borró el deterioro del tiempo. Si Villa Manuelita, sola su alma, no se rindió, ¿alguien puede pensar que vamos a rendirnos tantos millones de peronistas?”. La narradora y ensayista, según parece, tenía razón con su retórica pregunta pronóstico.

> **Historia de vida**

Doce años después, otra vez en Rosario, la memoria vuelve a ponerse en marcha. La medicina, con profesional contundencia, dictamina que el fotógrafo José Alberto Navarro tiene un cáncer en grado avanzado de evolución. Sus amigos, entre ellos Oscar “el Corto” Cánepa, consideran conveniente consultar al psiquiatra Juan Manuel

Sialle para enfrentar la cotidianeidad del problema. La charla desemboca en un consejo: el enfermo debería encarar algún proyecto que lo entusiasmara pero al cual, por un motivo u otro, hasta el momento lo viniera postergando. Es allí que Navarro, poseedor de un ejemplar del libro de Vigo, comenta su viejo sueño de rescatar en un video algunos de los sucesos relatados en el volumen. La charla sobre la muerte -recordará "el Corto" ante el cronista en una lluviosa mañana del agosto de 2003- se había convertido en un proyecto de vida.

El grupo *Pa' que más* es el encargado de presentar, en un programa ilustrado por Mabel Montero, a la filmación: "cuando encaramos la realización de este video lo hicimos con la esperanza de que los jóvenes juzguen los hechos ubicándose en el contexto en que sucedieron; pero también para ejercitar la memoria de los que de una u otra manera los vivieron". Tras considerarlos sólo "apuntes" señalan también que "servirán seguramente a los historiadores las declaraciones de los compañeros que protagonizaron aquella epopeya". Aclaran además que "esto se hizo sin un peso; con una cámara, dos videocassetas, un radio grabador y una dosis muy grande de amor por lo que estábamos haciendo". Señalan a la vez, participativos, que "la visión de este video se completa con lo que cada compañero guarda en su corazón".

"Por orden de aparición" -así lo testi-

monian en el programa- quienes brindan sus recuerdos son Carmelo Coraza, Tomás Acosta, Ponce, Rubén Perozzi, Alfredo Perozzi, "la Tía" María D. De Tallarico, Natividad de Rivas, Leonor Tomé y José Mármol. Algunos de ellos, por supuesto, cuentan las experiencias de lo sucedido en Villa Manuelita.

El sábado primero de julio de 1995 en el Sindicato Unión Viajantes, José Alberto Navarro, luchando contra su enfermedad, alcanzó a ver el estreno de su video *Apuntes para una historia del movimiento nacional*.

> **La importancia de llamarse Villa Manuelita**

No es secundario el tema del nombre. Al contrario: es toda una concepción política la que respalda la decisión de denominar lugares de una u otra manera. Arturo Jauretche, en *Política nacional y revisionismo histórico* supo destacar "cómo la toponimia ha sido alterada para que el paisaje geográfico no coincida con el paisaje histórico, contribuyendo a esa sensación de irrealidad, de esa estratosférica y sin contacto siquiera telúrico entre el pasado y el presente, que caracteriza la historia que se enseña a nuestros escolares y se difunde oficialmente y da esa sensación de convencional, de artificialidad, que deshumaniza nuestra historia". Mediante este proceder, concluye Jauretche, "se borró el nombre original de los lugares y

al sustituirlos se rompió la conexión con el hecho histórico allí ocurrido”.

Para evitar que esto sucediera en este caso específico, el 26 de junio de 2002 el concejal José Bonacci presentó un proyecto acompañado con sus firmas por los colegas Alberto Joaquín, Fernando Burgoa, Luisa Cristina Donni, Evaristo Monti, José Elmir y Pablo Javkin. Decía, en su parte resolutive, “designase con el nombre de Barrio *Villa Manuelita* al sector delimitado por Bulevar Seguí, Avenida Abanderado Grandoli, Avenida Uriburu y Avenida Teniente General Juan Carlos Sánchez”.

En los considerandos, es natural, se ocuparon con prudencia de la historia recordando que tal barriada era “conocida como el *Barrio de las Catorce Provincias* -por haberse construido 14 viviendas identificadas con el nombre de las provincias fundantes de la república- o más comúnmente como *Villa Manuelita*”.

Remarcan además, tras señalar que “esta última denominación es la más conocida y difundida”, que el origen de ese nombre “descansa sobre el hecho que esta lonja de terreno habría pertenecido a una descendiente del Restaurador Don Juan Manuel de Rosas, cuyo nombre también era Manuela -de ahí el diminutivo *Villa Manuelita*-, evento que se pierde en la bruma final del siglo XIX y se confunde con una leyenda urbana, pero que se revitalizaría en el hecho que entrado el siglo XX un gran propietario de ese sector

fuera un Sr. Pérez Rosas, responsable de la posterior subdivisión y loteo”.

Otras dos razones completan la propuesta: “este barrio íntimamente relacionado con la industria de la carne, tiene una rica historia donde se mezclan los criollísimos rasgos del gaucho metido a obrero de la carne con los dibujos del cuchillo de la matanza, que tanto sirvió como herramienta de trabajo, como para finalizar alguna discusión en alguna de sus esquinas”. También, y esto es definitivo, resaltan los concejales que “*Villa Manuelita* fue luego un bastión de resistencia popular, y por tanto su identidad de claros rasgos criollos y populares hacen a la historia de Rosario”.

Es una tesis filosófica allí incluida, por otra parte, la que muestra la verdadera dimensión del proyecto: “la preservación de la memoria histórica a partir de hacer coincidir la norma con la realidad y la historia, es en sí misma una acción de justicia y de continuidad hacia el futuro”.

No fueron solo peronistas -y esto conviene destacarlo- los que firmaron el proyecto ni tampoco, claro, los que alzaron su mano en el recinto para convertirlo con leves modificaciones, el 26 de septiembre de 2002, en la ordenanza 7401.

Al día siguiente hubo fiesta en el barrio. La cita era a las cinco de la tarde en lo que los invitantes llamaron “lugar emblemático”. Se trataba de la inauguración de la *Plaza de la Resistencia* pues allí, en donde se en-

cuentra el tanque de agua que la publicación local antes citada ya en 1956 rescataba como "nuestro símbolo", tuvieron lugar algunos de los hechos más heroicos en defensa de la soberanía nacional y popular avasallada por la violencia golpista de la Revolución Libertadora. Fue en esa jornada, asimismo, que algunos militantes sobrevivientes de aquella época recibieron una hermosa tarjeta plateada con la imagen de la película de Leonardo Favio que referenciaba al hecho y un texto en el que se le reconocía al vecino nombrado haber sido "valiente soldado de la Causa Nacional y Popular que luchara contra el golpe cívico-militar del '55, en defensa de la Patria y de su líder indiscutido, el General Juan Domingo Perón, dando origen a la Resistencia Peronista".

Carlos Armanino, Emiliano Pérez, Miguel Arnay, Angel Estepa, Gerardo Cabrera, Leonor Tomé, Solano Becerra, Marcelino Martínez, Felipe Cappa y Bejarano, aquel entrerriano que perdió un brazo, son algunos de los que recibieron el galardón. También se recordó, de aquellos tiempos, a Roberto Ludeña, muy activo en los sucesos posteriores. Mario Moreno, otro de los jóvenes de entonces, es quien rescata esos nombres mientras conversamos en la tarde del 2 de agosto de 2003 allí, en la sede que la *Asociación Civil Frente de Acción Comunitaria Villa Manuelita* tiene en una esquina justito frente al tanque.

El anfitrión, con el típico humor pero-

nista que resta solemnidad hasta a lo solemne, al presentarse me aclara que es Mario Moreno pero no Cantinflas. Una caja reúne varios tesoros de papel. Los miramos. Está, por ejemplo el carnet que lo referencia como integrante del equipo *4 de junio* que en 1949 disputó el *Primer campeonato argentino de fútbol infantil Evita*, en la etapa del cual se aclara que es "personal e intransferible". Aparece también su libreta de afiliado en la que consta que lo ha hecho en la Unidad Básica 350 de Necochea 2940. Es otra dirección que allí figura, sin embargo, la que nos explica el profundo sentido de la militancia de aquellos años retro trayéndonos a la definición rescata-da por Soriano: "los peronistas no nos metemos en política".

En el pasaje Beker 254 (así está escrito en el carnet) se domicilia Mario Moreno. Pero también en el pasaje Bécquer 254 (así está escrito en La Voz de Villa Manuelita) el día 19 de mayo de 1956 se fundó el *Club Sportivo El Tanque*. Era, lo dice la publicación, "el domicilio del Sr. Gabino Moreno", el papá de Mario, quien también era secretario de la comisión directiva de la *Unión Vecinal Villa Manuelita* que presidía Juan Barón. Mario, muy joven aún, era vocal titular.

Sin referencias explícitas a Perón -recordemos que estaba vigente en ese año el decreto en ese año el Decreto 4161 que penaba con prisión no excarcelable a quien lo nombrara por cualquier medio- los mayores y los jóvenes que trabajaban mancomunada-

mente en *La voz de Villa Manuelita* y el club *El Tanque*, construyendo canteros de flores o divirtiéndose con el "espectáculo de danzas españolas y clásicas inolvidables" que brindara con motivo de los festejos del 25 de mayo "la conocida profesora señorita Juanita Sutto Ferrero", con todas esas actividades y la solidaridad cotidiana, decíamos, los viejos y los pibes ejercitaban una resistencia tan contundente como la otra, la del septiembre de 1955 que me recuerda Mario Moreno.

Eran esos tiempos los que mostraban, todavía, como las reses que venían del norte en los barcos ganaderos eran directamente bajadas al río desde donde las guiaban hacia la costa arrieros en canoas o a caballo, con el torso desnudo porque así se siente menos el frío que con la ropa mojada. Enterado el pueblo de que Perón estaba exiliado en una cañonera y suponiendo que avanzaría hacia el Paraguay remontando el río Paraná, organizados por los sindicatos los pobladores decidieron que el barco no debería pasar de Rosario para hacerse fuertes allí y retomar la iniciativa. Aún hoy, coloreado por el paso del tiempo, el recuerdo transformado en leyenda sostiene en la voz de algunos hombres que Perón pasó en la cañonera, saludó a esos paisanos de cuero al aire y corazón al viento y continuó su viaje tras convencerlos de la necesidad de evitar enfrentamientos. El coraje de esos hombres existió, la cañonera efectivamente pasó por Rosario, pero Perón ya no iba en ella.

Augusto Ocampos Caballero en su libro *La cañonera, símbolo del derecho de asilo*, rescata de boca de los propios protagonistas los momentos iniciales del exilio. César Cortese, por entonces comandante de la cañonera Paraguaya es quien afirma que "doce días permaneció el general Perón a bordo" hasta que el 2 de octubre se acercó la "patrullera argentina P. 81. Inmediatamente después -continúa Cortese su relato-, se procedió al traslado en la P. 81, al hidroavión Catalina T-29 de la Aeronáutica Militar, que había acuatizado en las proximidades del buque al mando del Cap. PAM Herbert Leo Nowak y teniendo como copiloto al Tte. Ángel Souto y al Sub. Tte. Edgar Usher". Es precisamente el propio Usher quien señala que "el vuelo del Catalina duró cinco horas" y "llegó a Asunción a las 17 y 45. Aterrizó en el aeropuerto militar de Ñu Guazú".

Moreno rescata en tanto, con precisión, alguno de aquellos actos de patriótico coraje: "Luis Blanco, de 16 años, con el torso desnudo, se mostraba a caballo para darles bronca a los soldados. Lo matan frente al palo borracho y entonces las mujeres hacen retroceder al ejército. Entre ellas estaba Marta Erbayo, la "Pindonga".

El heroísmo y la emoción, lo habíamos adelantado, conviven con el duro humor peronista. Mario Moreno acota que siempre fue metalúrgico. "Así dice él", es la rápida chanza de uno de los compañeros reunidos. La respuesta no fue menos veloz: Moreno

mostró su mano izquierda en la que le faltan las primeras falanges del dedo central y del anular, perdidas en un accidente de trabajo.

Son los miembros de la comisión en pleno, o casi todos, los que se han reunido para recordar aquellas épocas. Al citado Moreno tesorero acompañan en los cargos el presidente Oscar Chavarri, el vice Juan Pablo Soto, el secretario Prudencio Almada y los vocales Ramón Albornoz, Daniel Moramarco, Ángel Castellanos, Manuel López, Ricardo Aragón, Juan Gallardo, el síndico titular José Sabanes y el suplente Francisco Cejas. Está también Beatriz Area, la protesorera, única mujer de la comisión y la que con su juventud testimonia que la cosa sigue para adelante, como cantan *Los de Imagaré*, con "memoria y esperanza".

Prudencio Almada es quien me dice, con orgullo, que él fue el que le entregó las llaves de su departamento a Gregorio Peralta y quien le hacía algunos arreglos cuando el campeón se lo solicitaba. Y efectivamente, pegado a Villa Manuelita, está el edificio en el cual vivía Goyo y en donde lo entrevisté para el relato biográfico que después publiqué en mi libro *Compañeros, perfiles de la militancia peronista*.

Fue un fin de semana de 1997. Goyo estaba con Marisa Echeverría y yo había ido acompañado por Luis Sánchez y Adrián Calabrese. Para mí fue un trabajo y una fiesta. O "la fiesta del trabajo" como se decía en una de nuestras marchas. El reportaje lo hice en

una tarde, pero Goyo nos invitó para el día siguiente a comer las empanadas que le preparaban en *Los pitufos*, la rotisería ubicada a la vuelta de su casa que sigue ostentando sus paredes celestes y blancas.

Estar ese fin de semana con quien había sido el campeón de boxeo a quien yo más admiraba no sólo por sus condiciones pugilísticas excepcionales sino también por su conducta impecable y su militancia peronista fue, para mí, el cumplimiento de un sueño. Otro sueño -y éste ni siquiera me había animado a soñarlo- me lo proporcionó el libro citado. Leonardo Favio, a quien yo admiraba como cantante desde que compraba todos sus discos y lo iba a ver a los bailes de Comunicaciones, pero a quien también admiraba por sus formidables películas y por su consecuente militancia, me sorprendió una tarde con un llamado telefónico diciéndome que había tenido loca a su secretaria hasta que le consiguió mi número y felicitándome por el libro. Ese Leonardo Favio es quien filmó *Perón, sinfonía del sentimiento*. Quintín, un renombrado crítico cinematográfico, fue en cambio quien escribió en el número de *El amante* de diciembre de 1999, palabras memorables sobre el film. Dijo allí: "La película (...) es la mayor batalla que el arte haya intentado en la Argentina contra la resignación colectiva". Villa Manuelita estuvo presente también en esa batalla.

> **Bibliografía**

- 1) BUNGE, Alejandro: **Una Nueva Argentina**; Editorial: Hispamérica, 1984.
- 2) CAMPAZAS, Alberto: **Rosario, historia y desarrollo**; Editorial: Pago de los Arroyos, 1996.
- 3) **Columnas del nacionalismo marxista**; número 3; septiembre de 1957.
- 4) DE MARCO, Miguel Ángel: **Rosario, desde sus orígenes hasta nuestros días**; Editorial Apis, 1991.
- 5) DOS SANTOS, Estela: **Gutural y otros sonidos**; Editorial: Sudamericana, 1965.
El Cine Nacional; Editorial: Ceal, 1972.
Las Despedidas; Editorial: Ceal, 1972.
Las Mujeres del Tango; Editorial: Ceal, 1972.
Las Mujeres Peronistas; Editorial: Ceal, 1983.
Villa Manuelita no se rinde; en *La Época*, 5 de noviembre de 1983.
- 6) FEINMANN, José Pablo: **El Mito del Eterno Fracaso**; Editorial: Legasa; 1985.
- 7) GUIDO, Beatriz: **El Incendio y las Vísperas**; Editorial: Planeta, 1969.
- 8) HERNANDEZ, Pablo José: **Compañeros, perfiles de la militancia peronista**; Editorial: Biblos; 1999.
- 9) JAURETCHE, Arturo: **Política Nacional y Revisionismo Histórico**; Editorial: Peña Lillo; 1970.
- 10) **Las Bases**; número 1; 23 de noviembre de 1971.
- 11) **La voz de Villa Manuelita**; número 1; junio de 1956.
- 12) OCAMPOS CABALLERO, Augusto: **La Cañonera, símbolo del derecho de asilo**; Editorial: Ricor Grafic; Paraguay, 1995.
- 13) QUINTIN, **Geopolítica de la Felicidad**; **Revista: El Amante**, número 93; diciembre de 1999.
- 14) SORIANO, Osvaldo: **No habrá más penas ni olvido**; Editorial: Brughera; 1983.
- 15) SURRA, Roberto: **A mi manera**; Editorial: Theoría; 2003.
- 16) VIGO, Juan: **La Vida por Perón; crónicas de la resistencia**; Editorial: Peña Lillo, 1973.

> **Pablo José Hernandez**

Buenos Aires, 15 de febrero de 1952

Colaboró en los suplementos culturales de Clarín, Mayoría y La Época. Fue columnista político en Tiempo Argentino y realizó reportajes y notas de opinión en revistas como Familia Cristiana y Esquiú, en órganos literarios como Pájaro de Fuego y Megafón y en publicaciones políticas como La Patria Grande, Línea y Hechos e Ideas.

Dicta conferencias y cursos en instituciones culturales, educativas, religiosas, políticas y sindicales de la Capital Federal, de las provincias de Buenos Aires, Corrientes, Entre Ríos, Formosa, Misiones, San Juan y Santa Fe y de la República del Paraguay.

Premio Vocación Nacional, otorgado por AFOA (Agrupación Folclórica Argentina); Santa Fe, 1996.

> **Libros publicados**

Para leer a Mafalda, Ed.: Meridiano, 1975.

Conversaciones con el Padre Castellani, Ed.: Colihue-Hachette, 1977.

Malvinas: clave geopolítica, Ed.: Castañeda, 1977.

Conversaciones con José María Rosa, Ed.: Colihue, 1978.

Conversaciones con Raúl Matera, Ed.: Corregidor, 1980.

Para que no se vayan, Ed.: DH, 1981.

El Alfonsinismo, Ed.: Fundación Ross, 1985.

Sobre la importancia del calefón, Ed.: Flor de Ceibo, 1987.

La Biaba, Servicios y Contrataciones, 1987.

Conversaciones con el Teniente Coronel

Aldo Rico, Ed.: Fortaleza, 1989.

La Tablada, Ed.: Fortaleza, 1989.

Ven con nosotros a caminar, Parroquia María Auxiliadora, 1991.

Para bien y para mal (Entrevistas a los que hacen la cultura nacional), Ed.: Prea, 1991.

Ensayos de Parasociología, Ed.: Universidad Nacional de Formosa, 1996

Vida de Luis Soler Cañas, Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 1996.

Peronismo y pensamiento nacional 1955-1973, Ed.: Biblos, 1997.

Compañeros, Perfiles de la militancia peronista, Ed.: Biblos, 1999.

Diseño e impresión:

DEJESUS IMPRESOS

Santa Fe 4312 - (0341) 4386796 / 388481

> 7 autor con Gregorio Peralta



Las gestas populares nacidas del oculto proceso de la historia intrasoal encuentran en el compromiso de escritores como Pablo José Hernández la posibilidad de trascender para incorporarse a la cultura universal.

Con "Villa Manuelita" La memoria y la esperanza CASA DEL FOLCLORE inicia la publicación de textos que constituyen a la concientización sobre los hechos que dieron legitimidad al movimiento de liberación nacional en la ARGENTINA.

Rosario, 16 Septiembre de 2003